AGUA, VIDA Y JUSTICIA

Federico Velázquez de Castro González

Constituyendo uno de los cuatro principios básicos de la antigüedad, para algunas escuelas griegas era el elemento principal: así para Tales de Mileto era el principio de todas las cosas, lo que supone reconocer nuevamente las acertadas intuiciones formuladas en las edades de oro griegas, que no serán seriamente retomadas hasta muchos siglos más tarde, acompañadas ya de una fundamentación científica.

Y así se confirma el agua como uno de los grandes principios vitales debido a su naturaleza mecánica y química: disuelve, transporta, regula, reacciona, modela…, destacando su función térmica debida a su elevada capacidad calorífica, lo que para un planeta donde el 71% es agua, influye decisivamente en el control del clima.

Igualmente, el ser humano, como todos los seres vivos, se encuentra constituido por agua entre un 50-70%, dependiendo del género y la edad. Y no solo como constituyente pasivo, ya que mientras el tejido adiposo presenta una proporción de agua del 15%, nuestra zona más evolucionada, el córtex cerebral, contiene más del 95%. Agua, evolución y vida se encuentran íntimamente relacionadas.

Y, asimismo, en el planeta, los ríos son las arterias que nutren y fertilizan, modelando paisajes, erosionando y sedimentando. Humilde y sencilla, es también poderosa, generando valles y gargantas, o apareciendo violentamente, en especial como consecuencia de un clima alterado: DANAs, lluvias torrenciales, inundaciones…

Desde otra perspectiva, el agua se ha considerado purificadora en algunas religiones (bautismo, abluciones, aspersión, inmersión), viendo en ellas los artistas un carácter renovador frente a posiciones conservadoras y estáticas: “tiene que llover a cántaros”.

El agua es un recurso renovable, lo hace a través de un ciclo que se mantiene desde hace miles de años, lo que no quita su carácter de recurso escaso, primeramente, por la pequeña proporción de agua dulce disponible, sólo un 2,5% del total, del cual el 70% está congelada, y en la forma líquida algo más del 90% se encuentra como agua subterránea. Por otra parte, el agua es un recurso irregular, con aparición de sequías más o menos prolongadas. En el Norte rico, gracias a su nivel de desarrollo y a la planificación hidráulica, puede disponerse fácilmente del recurso, lo que lleva a que no se aprecie suficientemente su valor. En cuanto a su gestión, el capitalismo no ha querido desaprovechar una nueva oportunidad de negocio privatizándolo cuando ha sido posible, olvidando que los recursos de la Tierra pertenecen a todos los que la habitamos, por lo que deberían blindarse los esenciales, impidiendo su apropiación por especuladores.

Diferente es la situación en otras zonas del planeta. En ellas el agua es pública, pero frecuentemente está contaminada. Ocurre así que lo que debería constituir un instrumento de vida se convierte en vehículo de enfermedad y muerte. Aunque las cifras fluctúan, puede considerarse que un 26% de la población (alrededor de 2.000 millones de personas) no tiene acceso fácil al agua potable y 3.600 millones no disponen de un saneamiento adecuado. Cada

año se producen 500.000 muertes por beber agua contaminada, entre ellas 1.000 niños y niñas cada día, una cifra tremenda de la que se habla poco y que debiera sacudir nuestras conciencias, en especial las de los que tienen medios para corregirlo.

En el ámbito mundial, y siempre según los informes de las Naciones Unidas, más de la mitad de los grandes lagos están degradándose, y se han perdido humedales equivalentes a toda la superficie de la Unión Europea.

Sorprende, a ese respecto, cómo se propone alegremente aumentar el gasto militar hasta el 5% de los presupuestos nacionales (para mayor gloria de las fábricas de armamento afincadas en Estados Unidos), mientras el 0,7% de ayuda al desarrollo aprobado en la Cumbre de Estocolmo de 1972 continúa siendo una cifra "inalcanzable "para la mayor parte de los gobiernos de los países desarrollados. La desigualdad y el déficit de justicia se plasman dolorosamente en el acceso a este esencial recurso.

El agua se convierte así en un indicador más del injusto modelo en el que vivimos. Con el agravante de que destruimos lo que nos da la vida, igual que hacemos con otros sistemas que nos protegen (clima, aire, bosques) en una muestra de insensatez de la que muchos son cómplices. Por ello, una nueva cultura del agua podría sintetizarse en los siguientes tres pasos:

El primero, como habitualmente, la educación. Enseñar a valorar y conservar este recurso, promoviendo actitudes de ahorro y eficiencia en el ámbito doméstico, laboral, escolar…, aunque debe partirse de una nueva visión: el agua no es sólo un recurso inorgánico, sino un vehículo de vida y belleza. En todas sus formas, el agua es hermosa y fertiliza allá por donde pasa. Ante tal generosidad no cabe sino el agradecimiento, y por aquí comienza la nueva relación que buscamos con la naturaleza: no solo contemplarla como paisaje o decorado, sino como vida que comparte con la nuestra la existencia en el planeta. Se trata, pues, de encontrar un vínculo afectivo y confraternizador con todas las formas vitales que lleve de manera natural a su preservación y cuidado.

En segundo lugar, debe promoverse una nueva estrategia que haga ver a todos los actores que no estamos ante un recurso ilimitado y abundante, especialmente en la zona mediterránea, con precipitaciones irregulares y periodos de sequía agravados por la crisis climática. Cultivos tropicales, altamente demandantes de agua (producir un kilogramo de aguacates requiere hasta 1.900 litros), debieran ser revisados antes de pedir más trasvases o desaladoras. Los cultivos deben adaptarse a la disponibilidad de agua (y no al revés), lo que llevaría a cuestionar muchas transformaciones no justificadas de secanos a regadíos, suprimiendo los ineficientes y organizando los cultivos con criterio a largo plazo, y el medio millón de pozos ilegales que existen en el territorio. Las aguas subterráneas representan un valioso patrimonio que no puede ser esquilmado –ni contaminado, como ocurre con los nitratos procedentes de las macrogranjas- por intereses privados y cortoplacistas.

Y, finalmente, en un país como el nuestro, donde el 80% del consumo de agua recae sobre la agricultura, es aquí adonde deben dirigirse las políticas de reducción y racionalidad en su empleo. El cultivo del pistacho, por ejemplo, originariamente de secano, ya cuenta con 20.000 hectáreas de regadío.

El consumo, en general, también debe ser revisado. Desde posiciones ambientales la reducción del consumo es un objetivo permanente y no solo por la conservación de materias primas, sino por el ahorro de agua y emergía que requiere la elaboración de cada producto.

Como ejemplo, es un hecho conocido que la fabricación de una camiseta de algodón precisa 3.000 litros de agua, que unos pantalones vaqueros requieren 7.000 litros y que un kilogramo de ternera precisa 15.000, considerando siempre sus ciclos de vida. Aquí tendríamos un argumento más para reducir el consumo de carne, pues a los beneficios sobre la salud, el medio ambiente y el clima, el bienestar animal o los cambios en el uso del suelo, debemos añadir el ahorro de agua.

Continuando con la alimentación, un kilogramo de patatas precisa 287 litros; de pepinos, 353 y de naranjas, 560. Compárese con la demanda de agua de las carnes en donde la que menos consume es la de pollo con 4.300 litros por kilogramo. Un producto refinado, y poco recomendable, como el azúcar de remolacha, consume 920 litros por kilogramo; la leche, 1020. En síntesis, parece que las dietas de mayor predominio vegetal son más aconsejables para el planeta (y para quien quiera cuidarlo) que las de componente animal.

Y en cuanto a nuestras prácticas habituales, como el uso de la “nube” en informática, sus centros de datos requieren 68.000 litros de agua diaria pata mantener controlada la temperatura.

Finalmente, no podrá alcanzarse la disponibilidad y calidad de este recurso sin un cambio de modelo que hagan de la justicia y la sostenibilidad sus coordenadas principales. Tener en el punto de mira las zonas y países más vulnerables es una obligación moral, cuyas acciones planificadas y con visión de futuro deben coordinar las agencias de las Naciones Unidas con la financiación suficiente por parte de los países occidentales cuyo aporte no sería sino una restitución de todo lo que históricamente hemos expoliado, y un punto de partida para que los países emergentes autogestionen sus recursos.

En todo caso, un control racional del agua será pronto una necesidad para todos. Hemos querido destacar que no depende solo de los bienintencionados consejos de cerrar el grifo mientras se lavan los dientes o se procede al afeitado o enjabonado. Todo esto forma parte de la cultura ambiental y hay que practicarlo, pero el control del agua va más allá y se relaciona con los grandes unos agrícolas e industriales, así como con el consumo, tanto de productos alimentarios como textil o papel, entre otros muchos.

Y será preciso colaborar para que este recurso, en calidad y cantidad, no falte a nadie. Comencemos evitando el despilfarro y las malas prácticas allá donde se produzcan, al tiempo que se reduzca el número de personas que no disponen de ella. Se trata de acercarnos a lo que los Objetivos de Desarrollo Sostenible, especialmente el sexto, tienen marcado.